

## De la guerra a la guerra

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Todas las señales que venían de Siria en los últimos tiempos hacían presagiar el fin de la guerra. Sin embargo, la aciaga medida de la Administración Trump de retirar sus tropas del norte del país está generando un nuevo episodio bélico. La conversación que mantuvieron el inquilino de la Casa Blanca y Erdogan, en la que este último convenció al primero para que abandonase la zona, ha desembocado en un auténtico caos en el Kurdistán sirio, con la intervención del Ejército turco y las milicias árabes afines combatiendo a los kurdos. A esos kurdos que habían sido armados y apoyados por Washington en su lucha contra el Estado Islámico. Por tanto, lo primero que cabe señalar es que la responsabilidad última de esta conflagración y la tragedia que implica es de Donald Trump. Es él el máximo responsable y culpable, ya que, si hubiese mantenido a sus soldados allí, Ankara no se hubiese atrevido a autorizar la invasión. En consecuencia, ¿a qué viene ahora ese rasgarse las vestiduras del mandatario americano? ¿Qué decir de sus ácidas críticas hacia Erdogan? Primero tiro la piedra y luego escondo la mano. Así es como ha actuado en esta crisis. ¿Acaso sus asesores políticos y militares no le habían advertido de lo que se venía encima y de la desestabilización que una acción semejante traería aparejada? Es como si el ejecutivo estadounidense estuviese en una auténtica situación de esquizofrenia, en la que sus distintas instancias estuvieran al albur de las ocurrencias de un personaje ególatra, ignorante y carente del más mínimo sentido de la responsabilidad internacional. ¿Por qué Estado Unidos decide imponer sanciones económicas a Turquía e incluso a algunos de sus ministros? ¿Simple maquillaje político? ¿Puro cinismo? ¿Mera improvisación, tan típica de los Estados Unidos en Próximo Oriente? Posiblemente un poco de todo, aderezado con una política exterior desafortunada, pese a los esfuerzos del vicepresidente Pence en Ankara.

Una decisión tan nefasta como la suya ha elevado enormemente la escalada de violencia en un área que precisamente lo que necesitaba a día de hoy era pasar la negra página del Daesh para centrarse en la reconstrucción material y moral de una sociedad machacada desde 2011. Derrotado aquél, lo que tocaba era pensar en la Siria post-bélica, procurando abrir vías de participación política y de progresiva apertura democrática en la que los distintos actores pudiesen ir ganando protagonismo. De ahí que políticas pirómanas como la de Trump, plegándose a la voluntad de Erdogan, no contribuyan en absoluto a ello. Al contrario. Por un lado, la huida de miles de kurdos hace que estemos a las puertas de una inesperada catástrofe humanitaria. Por otro, habrá que ver qué sucede con los prisioneros yihadistas que están en manos de los kurdos, muchos de ellos con ciudadanía europea. De momento ya sabemos que algunos se han dado a la fuga, así como sus familiares. Para Turquía es una estrategia de los kurdos con vistas a presionar a Occidente. Estos replican que, ante todo, deben defender su tierra y sus posesiones. Sea como fuere, lo cierto es que esta ofensiva puede dar alas a los terroristas del ISIS, que, aunque lejos de poder volver a organizar un califato, sí tienen capacidad de causar importantes atentados con numerosos muertos.

Incluso, la operación de Turquía ha suscitado una respuesta de las autoridades de Damasco, que no están dispuestas a ver amputada una parte de su territorio nacional bajo control de Ankara. El régimen de Bashar al-Asad ya ha enviado a su Ejército al Kurdistán, lo que podría aumentar la tensión con los combatientes árabes apoyados por el Ejército turco. Un enfrentamiento entre ambos bandos podría ser muy negativo, ya que cabe la posibilidad de derivar en una contienda entre Turquía y Siria, algo que

ninguno quiere, pero que podría llegar a darse. Por eso se están solicitando medidas de contención, especialmente desde la OTAN. La propia Rusia parece querer jugar un papel de árbitro, toda vez que Estados Unidos ha desaparecido. Moscú ha sido el gran valedor de Asad desde, cuando menos, su actuación directa en 2015. Pero, simultáneamente, el acercamiento entre Erdogan y Putin, tras la fría reacción de Obama y los líderes europeos al golpe de Estado contra el primero en julio de 2016, coloca a este último en una postura envidiable para la mediación. En su opinión, Turquía tiene derecho a tener una frontera sur segura, libre de bases enemigas. Pero también Siria debe mantener su integridad territorial, tal como se habían comprometido todas las potencias cuando estallaron los combates. Si el Estado Islámico ha sido incapaz de alterar estas demarcaciones, no sería razonable que Erdogan pudiese hacerlo a su antojo, sólo por el mero hecho de calificar como terroristas a las milicias kurdas YPG por sus contactos con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán turco. Evidentemente, ése no es argumento serio para invadir un territorio y cuestionar la soberanía de Siria. De manera que, provocado el desaguisado por el inefable Trump, es posible que le toque a Putin arreglarlo, tratando de congeniar las posiciones de las dos partes, de Turquía y de Siria. El problema es cómo lo va a hacer, ¿a costa de los kurdos? Y, sobre todo, cuándo, ¿después de que el panorama haya empeorado sensiblemente? Estas preguntas no son fáciles de responder y Moscú tendrá que desplegar toda su capacidad de persuasión para evitar lo peor: el choque entre Turquía y Siria. O lo que es lo mismo, pasar de una guerra a otra.

16 de octubre de 2019

Publicado el 29 de octubre de 2019 en *El Diario Vasco*, p. 23